

Girones de Libertad

La gentil América no podía contra su espíritu libertario tener brazaletes de hierro que le atasen á la voluntad extraña; su naturaleza no estaba intoxicada aún, para que la grita solidaria de sus protestas la desvaneciera el halago que envilece ó la amenaza que humilla.

América, la jovencilla rebelde ansiaba su emancipación.

Quería justamente disfrutar de ese ambiente de libertad que había heredado de la naturaleza, y que el capricho de los hombres se complacía en arrebatarse.

La majestad augusta de sus montañas no la había heredado de cadenas sino de libertad; ellas no habían sido forjadas al calor de la razón, para que se rebelaran al primer impulso solidario de su sentimiento.

Su altivez la hizo desdeñar con repulsión los dogales de la sumisión esclava, para trocar su balido por la ronca tempestad de una protesta.

Ráfagas de libertad se proyectaron en su cerebro y dieron á su pensamiento la luminosidad de una idea redentora, cuyo primer estampido atronó los aires de Guatemala el 15 de Setiembre de 1821.

La tierra de cuyas entrañas la codicia había extraído lo más valioso de sus productos, quiso expeler el tutelaje odioso de la opresión.

¡América temblaba!

La bandera del coloniaje que altanera flameaba en sus selvas, caía derruida por el vandabal prepotente de la unión americana. ¡Ya eran libres!

• • •

América la jovencilla rebelde de antaño recorre las calles cantando sus tristezas.

Sus entrañas engendraron cínicos que la despojaron de lo que más hermoso poseía: su libertad.

La ambición vulgar se adueñó del trono de su independencia, para fustigar sus derechos y apostatar sus principios.

Cantan únicamente himnos de redención para burlarse irónicamente del pueblo, para esclavizarle más, para humillarlo.

Sus sentimientos heridos en lo más íntimo, no pueden hacer sentir el peso de sus rebeldías.

Para ellas están levantadas como siniestros espectros, las cárceles donde se ahogan con el crimen las protestas de los ciudadanos que quieren reconquistar su libertad; esa santa libertad que atronó los aires de América el 15 de Setiembre de 1821 y que tuvo por cuna la Guatemala ultrajada, la vilipendiada de hoy.

L. S. S.

Noticias de Cartago

Comprendo que son absolutamente superfluas cuantas iniciativas y observaciones se hagan por medio de la prensa en lo que atañe á la crítica de los procedimientos de los altos funcionarios, y con mayor razón aún, cuando el que escribe carece de toda autoridad, ya sea intelectual ó monetaria; no digamos políticamente porque hoy más que nunca nos hemos convencido que la política es una ilusión engañosa.

La política es el arma de combate que manchada con la farsa y la perfidia y manejada por un círculo de ambiciosos, de esos que persiguen la especulación del tesoro, vencen la ignorancia de nuestro pobre pueblo, insensato, que confía en el renombrado patriotismo, en esa fruta celestial que nunca hemos saboreado porque en realidad no existe.

Es la política la fuente seductora donde se corrompen las sociedades, los hombres de gloria, saber y posición, y los jóvenes que sueñan con la libertad, con el patriotismo, con las instituciones republicanas. Cada vez que escuchamos los primeros campanazos de esa emergencia, en los albores de la desgraciada política, una ráfaga de esperanza atraviesa nuestras almas, anulamos los juramentos que hemos hecho á consecuencia de desengaños precedentes, y nuestro corazón palpita sintiendo que nos dice: ¡allí viene nuestra salvación!

Pasaremos á otra vida más pura, soñamos de nuevo con las libertades, con toda esa red de teorías impracticables, con una nueva evolución; ya nuestra herida ha sanado, y nos lanzamos de nuevo ciegame en esa corriente pu-

trefacta. Y al fin de la jornada volvemos á la misma rutina, nos decepcionamos.

Todos los hombres son iguales, ya sea por el medio en que viven, por herencia ó atavismo, todos se dejan marear, todos tienen compromisos que cubrir, personas de su simpatía que estimular, haciéndoles participar de honores y honorarios que sinceramente no merecen.

Comprendo que ningún valor tienen nuestras palabras en el concepto de los que nos gobiernan; no se preocupan por estos periódicos sensatos que defienden los derechos del pueblo, que palpando las injusticias no tienen temor en cantarlas; en nuestras columnas se desconoce la adulación y el servilismo.

Lanzamos nuestras protestas, no con el fin de alcanzar éxito ni mucho menos, sino porque nuestras miras son esas, decir la verdad sin preámbulos y no dejar pasar inadvertidos los actos infucos que cometen los que tienen omnímodas.

Estamos en el caso del Diputado Calvo cuando se discutían en la Cámara la cartera de Instrucción Pública. ¿Quién puede negar que aquel representante caminaba por el sendero de la verdad? ¿Quién podría creer que los famosos republicanos que se encontraban dentro del recinto fueran sus adversarios?

A la prueba está que en la votación nominal para el aumento de ₡ 3000, muchos dijeron ese *no* á media lengua, entre los dientes, con un temor que se reflejaba en la palidez de sus semblantes, talvez ruborizados por la presencia en las barras de un sinnúmero de maestros, que querían conocer personalmente sus enemigos, los enemigos de la Instrucción, los falsos que ayer dieron muestras de amor por el pueblo,

por la enseñanza, y hoy se han convertido en esclavos del Poder Ejecutivo. Aunque en aquellos momentos su conciencia les decía que obraban contra sus ideas: ¿qué podían hacer? Tenían comprometida su palabra, ¡¡ fuerza mayor: ¡!!!

El mismo señor Calvo manifestó luego que él presumía que iba seguro al fracaso, pero que no hacía más que cumplir con su deber.

En el mismo caso estoy ahora; me refiero al mismo asunto de que traté en otro artículo: del modo cómo se invierte aquí en Cartago el dinero de la Junta de Socorros.

No ha habido más economía que el sueldo de Zúñiga Montúfar; pero en cambio ha habido creación de plazas *ad libitum*; todos los demás gastos se basan en puros personalismos.

No se puede negar que los trabajos que actualmente ejecutan son beneficiosos y muy necesarios; pues al mismo tiempo que se limpian los escombros de las casas y manzanas, son aprovechados para el arreglo de las calles resultando un macadam elegante y relativamente barato.

Los peones que han sido elevados á maquinistas de dichos vehículos, creen que la cosa es de veras, se dan taca de ir manejando hábilmente un carro repleto de pedazos de ladrillo, y yo juro que hasta trabajarían de balde, por amor al arte.

El jefe de trabajos gana la respetable suma de ₡ 300.00; (este sí que es un sabroso hueso para que durara;) su principal ocupación es cabalgar por las espaciosas avenidas de la antigua metrópoli.

Bajo sus órdenes figura un tren de empleados lujosísimo, y sería tarea larga y escabrosa anunciar una á una esa trenza de agraciados; pero á grandes razgos encontramos un señorón que devenga ₡ 250.00, una bicoca, por hacer los pagos los domingos, y se gasta una casita á la *dernière*, herencia del Coronel Zúñiga.

Luego tenemos un denominado auxiliar de oficina con ₡ 150.00, es decir, un escribiente cualquiera; á la par un guarda-almacén que gana ₡ 90.00 por entregar las palas y picos en la mañana y recojerlos en la tarde: este sí que está retozón. Sigue ahora una rufia interminable de mandadores, capataces y capatazuelos, cuyos sueldos oscilan entre ₡ 75.00 y ₡ 120.00, los cuales no quieren tener el trabajo siquiera de llevar su planilla correspondiente, porque he visto á otro que anda en carteritas para arriba y para abajo con una libreta en la mano. Hay que advertir además, que cada cuadrilla tiene su cabo. ¿No es esto un derroche, una injusticia?

Siguen las firmas: hay otro tagarote que se chupa tamaños ₡ 300.00 de Intendente; yo no entiendo que es esto de intendente; no sé cuáles son sus atribuciones. Lo único que sí sé es que viene dos ó tres veces á la semana, echa una ojeada al Rancho, otra al campamento Mora y regresa á la capital, satisfecho de los servicios de sus subalternos, principalmente del sub jefe del campamento, que cumple con su cometido admirablemente, hace las veces del Intendente, ha desplegado toda su actividad en pro de la buena marcha de aquella linda colonia de damnificados; y sin embargo, lo remuneran con la insignificante suma de ₡ 70.00. Esto no se llama equidad.

Unas de las asignaciones que se merecen elogio son las de los Dinamiteros, y aun ganan poco: trabajan bastante y se puede decir que tienen expuesta la vida.

Una cosa que se podría suprimir, tanto porque los peones no están satisfechos con la alimentación, como por el desmedido gasto que ocasiona, es el tal rancho: sería una buena medida.

Una persona tan respetable é ilustre como es don Manuel de Jesús Jiménez, que está exactamente al tanto de lo que he expuesto, podría muy bien contribuir con su valiosísimo contingente para poner coto á estos desmanes; él que es persona conocedora é interesada por el bien de Cartago, y amigo de la economía, podría organizar estos trabajos, con los gastos perentorios. Y como supongo que durarán varios meses más, es tiempo de economizar. En mi humilde modo de entender yo opino que con los siguientes empleados y asignaciones habría una economía de más del 50%, y en nada se alteraría la marcha de las obras: un jefe general, un ingeniero por ejemplo, que hiciera las veces de director y pagador; muy pagado estaría con ₡ 250.00; luego un secretario ó auxiliar de oficina, que se moviera; que haga las planillas; escriba cartas y demás yerbas con un sueldo de ₡ 100.00.

Un mandador general que vigile los trabajos y cuadrillas, que tenga el encargo de las herramientas, con una asignación de ₡ 100.00. Bajo las órdenes de tantos capataces ó cabos como cuadrillas de 25 hombres haya, los que tendrán el cuidado de hacerlos trabajar y llevar su planilla, con un sueldo de ₡ 50.00.

Por último, los peones estarían la mar de contentos con ₡ 1.50 diarios, aunque no se les diera mucho, ellos lo prefieren así.

Además, un sólo jefe en el campamento Mora con ₡ 100.00. Yo garantizo que de esta manera los empleados trabajarían como se debe, y estarían satisfechos con su salario.

Éxito á quienes tengan ingerencia en este asunto que pongan su contingente para remediar el mal.

UN OBSERVADOR

Cartago, 12 de septiembre de 1910.

Poder de sugestión

Desde que comenzó á discutirse el Presupuesto en el Congreso todas las miradas de los conscriptos se dirigieron á la Cartera de Guerra y sin traerse todavía á discusión, más de uno le hizo los puños. A cada paso le guiñaban los ojos en son de calabazas, como quien dice: *«ya me las pagarás»*.

Entre las injurias que se le prodigaban á la *dama de espada y galones* oímos más ó menos esto: que los cuarteles son fábricas de vagos pagados por el Gobierno: que era injusto sostener esta colmena que CONSUME y no PRODUCE: que en la próxima vez dejarían á esta guerrera dama en paños menores.

Naturalmente que al oír nosotros estas exclamaciones, nos hacíamos lenguas de los viriles conscriptos que no se paraban en «pelillos» para «soltar el trapo» y gritar «cuatro frescas» sin ninguna trabazón.

Pero llega el día en que se trata de mermar el guisado á la hermosa hembra y vean nuestros amigos lo que pasó.

Muy campante, como Pedro por su casa, entra don Nicolás del brazo con su señora doña Cartera de Guerra, al salón de sesiones y... ¿quién se atreve con este don Juan Tenorio?

Después de dar paseos por la alfombra [como quien explora el terreno] se encara con los *parleros* preguntándoles: ¿qué es la cosa?, ¿quién chista? *Mutis!* Como si á todos les hubiesen puesto tapón!

Pide la palabra don Nicolás. Hay silencio... todos callan... se oye el aleteo de una mosca...

Por supuesto, que así como así, no iba á exponerse á las iras de la Cámara, y por eso en su casa había estudiado en el teclado la sonata *más sensible*